

Abadía de Silos.

Cómo es una Abadía

QUERIDOS lectores: Sin duda habéis oído en más de una ocasión que Estíbaliz será Abadía. El que os haya dicho eso, no ha descubierto ningún secreto.... La Abadía es el término natural de toda casa benedictina hasta el punto de que una casa que no tenga la tendencia o al menos las posibilidades de desembocar en la Abadía, no tiene razón de ser y, por lo mismo, está llamada a desaparecer.

Por fortuna, los horizontes de Estíbaliz están ampliamente abiertos a esta esperanza; un día nuestro Santuario será Abadía. Para los que conocen la historia antigua y contemporánea, el solo nombre de Abadía encierra una larga serie de gloriosos recuerdos o de emociones vividas; pero he pensado, que, tal vez, muchos de vosotros no tendréis más que una idea vaga de lo que es en realidad una Abadía.

Por eso he creído que sería de interés para todos el dedicar algunas de mis cartas sucesivas a deciros lo que es una Abadía benedictina, cómo será una Abadía en Estíbaliz y cuándo será Estíbaliz Abadía.

Y, por empezar por lo más material, voy a deciros algo sobre

LOS EDIFICIOS

Las Abadías benedictinas ocupan generalmente grandes edificios y esto no por lujo y ostentación, sino por necesidad. Según la idea de San Benito, el Monasterio debe estar de tal manera construido, que sea capaz de una autonomía lo más completa posible.

Esta autonomía aconseja en el orden moral y económico, que dentro del Monasterio haya todo lo comunmente necesario para cubrir las necesidades materiales de los monjes, de tal manera que estos no tengan necesidad de salir fuera. El mismo San Benito aconseja que haya dentro de las cercas del Monasterio panadería, molino, sastrería, zapatería, carpintería, fragua, establos y almacenes para la labranza.

Solamente en el orden de la vivienda una Abadía benedictina supone un mundo. Cada casa es independiente de todas las demás y forma

su propio personal. Hay, pues, en toda Abadía benedictina: un colegio para niños, (si es ésta su forma de reclutamiento), un Noviciado para Hermanos, otro para Padres, un Escolasticado o residencia de Filósofos y Teólogos, habitaciones para Hermanos Profesos y para Padres y finalmente, una parte reservada para los Huéspedes que quieren pasar unos días de quietud entre los monjes. Todos estos grupos son independientes unos de otros, no pueden, sin autorización, hablar entre sí y solamente se reúnen para algunos actos de comunidad, como el coro y las comidas.

Todas las Abadías disponen asimismo de amplios locales para la Biblioteca y el Archivo, salones de recreo para los diversos grupos, rectorio o comedor, Capítulo o sala de reuniones y conferencias y talleres para algún arte, oficio o industria.

Esto explica y justifica esos inmensos y magníficos edificios que ocupan la mayor parte de nuestras antiguas Abadías. Si no nos quedaran planos antiguos y pudieramos contemplar las ruinas, apenas podríamos creer lo que nos cuentan las viejas crónicas del Monasterio de Cluny: "Podía alojar, al mismo tiempo, sin el menor embarazo para los cuatrocientos monjes, al Señor Apostólico con sus capellanes y toda la corte, al Obispo de Senlis con su casa, al Obispo de Evreux con su casa, al Señor Rey de Francia, con su madre, su hermano, su hermana, su corte y sus trescientos gendarmes, al hijo del Rey de Aragón con su gente, al hijo del Rey de Castilla con su gente y a otros muchos caballeros, clérigos y religiosos".

De la gran Basílica no quedan ya más que restos, pero era tan grande que solo cedía en tres metros a la Basílica actual del Vaticano. Se cuenta que cuando Napoleón iba a Milán para ceñir la corona de hierro, salieron a saludarle los representantes de la ciudad de Cluny y le invitaron a que pasase unas horas con ellos. El Emperador les contestó:

"Sois unos vándalos: habéis destruido vuestra grandiosa basílica; no voy a Cluny".

JORNADA DEL MONJE

A las cinco de la mañana, en invierno y en verano, empieza invariablemente la jornada monacal.

"Laudetur Jesus Christus", va diciendo
una voz inflexible
ante las celdas de la santa casa,
y los que están durmiendo,
de modo imperceptible,
"Amen", responden, a la voz que pasa.

Un cuarto de hora más tarde la colmena monacal está en ebullición; lentamente las siluetas de los monjes se deslizan como sombras, camino del coro; con frecuencia en invierno, ráfagas heladas introducen la nieve a través de las arcadas de los claustros por donde tienen que pasar los monjes, pero no hay como estas frescas brisas mañaneras para despertar las emociones calientes del corazón. Y si la naturaleza se revela, allí están para su consuelo las palabras del Señor: "No es inútil que os levantéis antes de la luz, porque el Señor ha prometido la corona a los que velan".

Las primeras horas del monje están consagradas a Dios. A los Maitines se suceden los Laudes y a estos la confidencial Misa rezada, la audiencia privada del Rey. Viene luego un rato de meditación; el monje vuelve a su celda y, apenas ha tenido tiempo de leer un capítulo de la Biblia, el libro sagrado que no falta en ninguna celda, cuando la campana le llama de nuevo al coro para el rezo de la hora de Prima.

Son las ocho; la jornada de trabajo del monje va a empezar y empieza con el rezo de esta Hora Canónica que prepara y bendice su tarea cotidiana; cada cual tiene asignado su trabajo según su capacidad y las conveniencias del monasterio; será cavar, coser, estudiar, enseñar, escri-

bir, barrer... Poco importa. Todos saben que el trabajo no es más que una forma de oración y al final de la jornada, el salario no será según la distinción de la encomienda, sino según la pureza con que se haya realizado.

Para que el monje no olvide estos principios fundamentales, a media mañana y a media tarde el trabajo se interrumpe para dar lugar a la Misa Mayor y a las Vísperas solemnes, los dos actos para los que la liturgia benedictina ha reservado toda la esplendidez de su brillo y el viejo canto gregoriano ha tejido sus mejores y más complicados melismas. Diríase que el benedictino, moderado en todo, ha perdido el sentido del equilibrio, cuando se trata de Dios. Con mucha frecuencia los brillos del oro de sus ornamentos y los reflejos de las piedras preciosas de sus vasos sagrados y el resplandor de los cirios y los sutiles yúbilos de sus prolongados aleluyas, se pierden en el silencio de la iglesia vacía. No importa; el benedictino no despliega para los hombres el lujo de su liturgia. Como ha dicho Huismans, la liturgia benedictina es "el lujo de Dios" y para la majestad de Dios es siempre pequeño todo lujo humano.

Dos veces al día la comunidad se reúne en el refectorio. La comida es sana y abundante, pero sin lujos, ni caprichos. Nadie habla durante ella; uno de los monjes sacerdotes canta desde el ambón un trozo de la Escritura y lee luego un libro edificante o instructivo; otro sirve a la comunidad. Los huéspedes (nunca faltan en nuestros monasterios) suelen salir tan impresionados de la liturgia del refectorio, como de la del coro.

Durante todo el día, reina en el monasterio un silencio impresionante. Un observador superficial podría, tal vez, pensar que una existencia así no puede estar abierta a las alegrías de la vida. Nada más lejos de la verdad; quien asista a alguno de los recreos que los monjes tienen diariamente después de las comidas, tendrá que convencerse de ello. Allí se habla de todo: se cambian puntos de vista, se disipan pequeños nubarrones naciendo en el cielo de las mutuas relaciones, se comentan los pequeños sucesos de la casa y de sus alrededores, se recogen las noticias que cada cual ha podido cazar en el mundo de la política o en ese otro mundo de los libros, más conocido y más amado de los monjes y mutuamente se animan y se ayudan en sus trabajos y dificultades.

Todo está sabiamente distribuido en el monasterio. Después del recreo y la oración, el trabajo. El trabajo en la huerta o en la biblioteca, en el taller o en la cátedra, en la cocina o en la celda; pero trabajo, algo que cueste a la naturaleza, porque el monje no está exento del castigo que Dios impuso al hombre en el Paraíso y porque el monje, como todo hombre, tiene que comer el pan con el sudor de su frente.

De esta manera los días corren veloces. Las sombras de la noche se arrojan sobre el monasterio con más rapidez que en otros lugares.

Son las nueve. Una vez más la oración reúne a los monjes en el coro. Suenan las voces de la salmodia en la penumbra de las naves, se oye el último saludo de despedida a la Madre de la Misericordia, el Abad bendice y rocía con agua bendita a cada uno para apartar "los fantasmas nocturnos"... Durante unos momentos se ven todavía las negras siluetas de los que rezan sus últimas oraciones. Después... ¡silencio! La jornada del monje ha terminado. De ella, ha dedicado cinco horas a la oración, ocho al trabajo, siete al sueño. Tal vez fuera más exacto decir que la vida del monje es una oración prolongada, un holocausto que, poco a poco, va quemándose en aras de la obediencia, ya que la oración viene a ser un descanso en el trabajo y el trabajo una nueva forma de oración.

Y... basta por hoy, porque insensiblemente voy siendo más largo de lo que acostumbro. Me es tan dulce hablaros de nuestras cosas... En la próxima os hablaré de lo que distingue a una Abadía de cualquier otra casa religiosa y sobre todo os hablaré de la oración y del trabajo, esas dos alas maravillosas con las que los benedictinos salvaron la civilización de Europa y muchos santos remontaron su vuelo al cielo.

Vuestro afmo. en Xto.

JESUS DIAZ DE TUESTA, O. S. B.

Ama mucho a la Santísima Virgen

Por SANTIAGO ALAMEDA

O. S. B.



DEJANDO aparte sus inefables perfecciones que hacen de Ella la más digna de amor entre todas las criaturas, debes amarla por lo mucho que Ella te ama, por el bien que te hace, por lo muy agradecida que es y por lo mucho que Dios quiere que la amemos.

Todo el amor que han tenido y tendrán las madres tiernas del mundo a sus hijos más queridos, es sombra y nada en comparación del que Ella te tiene.

En cuanto a los beneficios son tantos los que tienes que agradecer a la bondadosa y liberal mano de María, cuantos son los beneficios que recibes de Dios, pues por una parte, Ella dándonos a Jesús, nos dió de una vez todos los bienes y por otra, Ella nos alcanza en particular cualquier beneficio divino, hasta el más mínimo buen pensamiento que tenemos.

Fué extremadamente agradecida en este mundo, como puedes verlo por el Evangelio, y continúa ahora siéndolo en el otro. "Cortesánísima, escribe San Bernardino de Sena, es la gloriosa Reina Virgen María, que no puede ser saludada sin que Ella torne a saludar de un modo admirable. Si dijeres cada día devotamente mil Ave Marías, mil veces serás saludado de la Virgen".

Amala como la amaron los Santos. En noviembre de 1854, mientras Roma se disponía a celebrar magníficamente la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el Cura de Ars, San Juan Bautista Vianney, preparaba su humilde parroquia para tan solemne acontecimiento.

Algunos días antes de la proclamación, cuenta la baronesa de Belvey, oí cómo el siervo de Dios predicaba un sermón de circunstancias, en que recordaba con transportes de alegría todo lo que había hecho por María Inmaculada. Un escalofrío pasó por todo el auditorio cuando al terminar exclamó: "Si para dar algo a la Santísima Virgen pudiese venderme, me vendería".

Entre tanto se acercaba la solemnidad del 8 de diciembre, ocasión excepcional para el Santo de testimoniar a Nuestra Señora su ternura de más de sesenta años. Había amado a María desde niño. Una vez sacerdote, había trabajado con todas sus fuerzas en propagar su culto.

Para convencerse de ello bastaba a los peregrinos el ver imágenes de la Virgen en todas las fachadas del pueblo. En cada casa había una imagen en colores de la Madre de Dios, ofrecida por el señor Cura y en su parte inferior estampada su firma.

En 1844 había colocado una gran estatua de la Inmaculada en el frontispicio de la iglesia. Ocho años antes, el primero de mayo de 1836, había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado. El cuadro destinado a perpetuar esta consagración, dice Catalina Lassigne, fué puesto a la entrada de la capilla de la Santísima Virgen. Algún tiempo después mandó hacer un corazón dorado, que todavía hoy pende del cuello de la Virgen Milagrosa. Todos los nombres de los feligreses de Ars, escritos sobre una cinta de seda, están encerrados en este corazón.

En las fiestas de la Santísima Virgen las comuniones en Ars eran

tan numerosas que la iglesia no quedaba ni un momento vacía. Por la tarde la nave y las capillas laterales apenas podían contener la concurrencia. Y es que nadie quería perder la homilía del párroco Vianney en honor de la Santísima Virgen, tan emocionante era el entusiasmo con que hablaba de su santidad, de su poder y de su amor.

Pero cuando se sobrepasó fué el día inolvidable del 8 de diciembre de 1854, cuando el Papa Pío IX definió que "la bienaventurada Virgen María fué preservada de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su Concepción". A pesar de su mucho cansancio quiso cantar la misa mayor y en ella usó por primera vez con gran alegría una magnífica casulla de terciopelo azul bordado en oro, cuyas figuras y finas labores había diseñado el arquitecto señor Bosan. El coro y la nave lucían sus mejores adornos.

Por la tarde, después de vísperas, toda la parroquia acudió en procesión a la escuela, donde el señor Cura bendijo una imagen de la Inmaculada, regalo suyo, levantada en el jardín.

Por la noche aparecieron iluminados el campanario, las paredes de la iglesia y las fachadas de las casas.

Cerróse la fiesta con una función religiosa en la que el párroco Vianney tomó la palabra: "¡Qué felicidad! ¡qué felicidad! exclamó al comenzar la homilía. Siempre pensé que en medio del resplandor de las verdades católicas faltaba este rayo de luz. Era

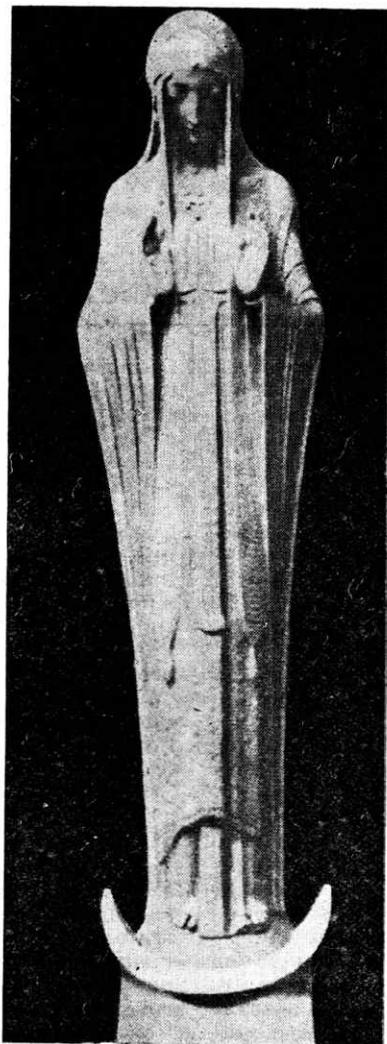
un vacío que no podía faltar en nuestra religión".

Una iluminación era una novedad para los feligreses y para el mismo cura. Antes de salir a contemplar aquella maravilla el Santo en persona echó las campanas a vuelo. Y duró tanto el repique, dice un testigo presencial "que acudieron de las parroquias vecinas pensando se trataba de un incendio". El señor Cura paseaba gozoso y triunfante entre los sacerdotes y feligreses allí presentes, a la luz de los blandones.

Aquella fiesta fué una de las más felices de su vida. Casi septuagenario, parecía no obstante, haber vuelto a los veinte años. Jamás un hijo se mostró más dichoso al presenciar el triunfo de su madre. El mismo había inspirado y organizado tan grande manifestación de júbilo.

Así aman los Santos a la Santísima Virgen. Amala también tú y manifiéstale tu amor en evitar con cuidado cuanto pueda desagradarla, en pensar a menudo en Ella, en mirar con interés todo lo que a Ella se refiere, en trabajar cuanto puedas por promover su culto, en alegrarte de su felicidad y en dar a Dios gracias por la gloria incomparable de que goza en los cielos, en aplicarte a la imitación de sus virtudes, en hablar de Ella y darla a conocer. San Bernardo no tenía go-

zo más grande que hablar de María y a San Luis Gonzaga, sólo con oír pronunciar este nombre, se le encendía el rostro.





A cara O CRUZ

(Episodio del
segundo sitio
de Zaragoza)

DE los quince españoles encargados de contraminar a los franceses que estaban preparando tres hornillos de pólvora para volar el convento de Jerusalén, sólo dos quedaban vivos en aquellas subterráneas galerías: Colás y el tío Tanis. Los demás habían muerto luchando con el enemigo en aquel tan singular cuanto angosto y profundo campo de batalla.

Choques y encuentros de esta clase, ocurridos frecuentemente a veinte pies bajo el suelo de Zaragoza, constituyen la parte más extraordinaria y asombrosa de las memorables escenas del segundo sitio.

Los franceses, apurando todos los recursos del arte de guerrear y desplegando contra una ciudad abierta, situada en una llanura, planes destructores que jamás se habían empleado, ni aun para las plazas fuertes, habían logrado, a fuerza de 35.000 bombas lanzadas sobre sus débiles muros, abrir brecha en éstos e internarse en la población. Parecía la capitulación inminente; sin embargo, comenzaban los zaragozanos a defenderse con más entereza, si cabe, por lo cual los sitiadores, para salvar el resto de su ejército y acabar con una situación que para ellos mismos iba siendo insostenible, decretaron el total aniquilamiento de la ciudad por medio de la guerra subterránea. Las dos terceras partes de Zaragoza iban a volar al impulso de 40 minas.

Contra este nuevo género de ataques, poca resistencia podían presentar los zaragozanos; sus contraminas eran de escaso provecho, porque en la mayor parte de los casos no podían tener más fin que el de cortar el paso a los minadores y acuchillarlos en el fondo de aquellas terribles madrigueras. Escaseaba la pólvora, de tal manera, que el día 16 de febrero, fecha a la que se refiere nuestro relato, no había en Zaragoza ni aun la necesaria para la construcción de cartuchos.

Así era natural y grande el desvelo con que Colás y el tío Tanis cuidaban las dos únicas bombas que llevaban para cargar el hornillo que estaban construyendo.

II

Los dos humildes obreros de la Patria avanzaban silenciosamente a la zapa, sin levantar la vista de la tierra que removían con sus herramientas de trabajo, esquivando hasta el encuentro de sus miradas, por temor de que sólo con ellas se revelasen mutuamente todo lo crítico y desesperado de su situación.

Colás, el más joven de los dos, rompió el silencio diciendo a su compañero, con un tono que aparentaba ser jocoso:

—Tío Tanis, pesadica es la tarea, pero ya debemos estar al remate. A mi cuenta pronto estará este hermoso par de cebolletas en disposición de plantarse.

—Lo de menos es plantarlas, Co-

lás, replicó gravemente el tío Tanis.

Colás comprendió la terrible revelación que encerraban estas sencillas palabras y un frío temblor sacudió sus miembros.

—De modo que... ¿no hay mecha?

—No hay.

—Entonces..., estamos perdidos, exclamó Colás.

—Al menos uno de los dos, añadió el tío Tanis con acento lúgubre. El otro tiene que subir a tierra para dar el parte de la jornada y el aviso de que los franceses derivan una galería hacia la izquierda, en dirección, según parece, del Conde de la Armada. Como soy el más viejo tengo el derecho a elegir y elijo el servicio de cebar la mina.

—Tanto vale decir, tío Tanis, que el parte y el aviso quedarán sin dar, porque yo tampoco subo.

Y no hablaron más en largo rato. El golpe de los picos, cayendo alternativamente sobre la pared de la mina, llevaba a sus oídos el eco misterioso de la tumba, que a sí propios se estaban cavando.

Ni por un momento pensaron en salvar sus vidas, volviendo pasos atrás en busca de la mecha para cebar el hornillo, o abandonando sencillamente la empresa heredada de trece difuntos compañeros; para lo primero, si habían de desbaratar con oportunidad los planes del enemigo, faltábales tiempo; sobrábales para lo segundo corazón generoso y el espíritu de sacrificio en aras de la patria, que, como buenos zaragozanos, albergaban en su pecho.

Colás fué de nuevo quien comenzó el diálogo, esta vez con tono serio, preguntando a su compañero:

—Tío Tanis, usted tendrá mujer y será muy buena, ¿verdad?

—Es una santa.

—¿Y sus hijos?

—Cuatro chiquitines tengo. ¡Hijos de mi alma!

A la luz mortecina del farolillo vió Colás cómo el tío Tanis se enjugaba una lágrima con el dorso de la mano.

—Pues bien, tío Tanis, yo no tengo mujer que me lllore, ni chiquitines por quien llorar.

—Pero tendrás padres o hermanos...

—Padres no tengo y hermanos quizá a estas horas tampoco, porque al bajar aquí con la Compañía de minadores, dejé al uno defendiendo el fuerte de San José y al otro el reducto de las Tañerías.

—Insisto en que no por eso tu vida vale menos que la mía; al contrario, tú eres joven y haces allá arriba más falta que yo.

En esta heroica disputa llegaron al término de sus trabajos. El tío Tanis dió con el mango de su picueta un golpe en el techo de la excavación; el ruido fué sonoro. Allí había que emplazar el hornillo.

—¡Ea!, ha llegado el momento de decidir esta cuestión, dijo el viejo. Nada adelantamos con morir aquí los dos; con uno basta. El otro servirá mejor a la patria llevando a tierra el parte, que sacrificándose aquí estérilmente. Y, puesto que no hemos de venir a un arreglo, que la suerte decida quién se queda y quién se va. A cara o cruz va la partida; el que saque cara, va de cara a la muerte. ¿Aceptas, muchacho?

—Acepto; y, como no tenemos moneda, las palmas de mis manos harán sus veces.

Cogió Colás un cascote, lo ahumó en la llama del farolillo y, vuelto de espalda al tío Tanis preparó el lúgubre sorteo.

—Ya está, dijo presentando sus manos cerradas al tío Tanis.

—¿En la derecha o en la izquierda?

El tío Tanis, densamente pálido, cruzó sus brazos, cerró los ojos y recogióse un momento antes de lanzar la palabra fatal, que era sentencia de muerte para uno de los dos. Fué un momento terrible, durante el cual desfilaron por su mente todos los recuerdos de su vida, las imágenes de su mujer, de sus pequeñuelos, de las torres del Pilar, del cielo azul de Zaragoza, de los campos de doradas mieses, de la vida alegre y tranquila del hogar antes del sitio..., todo pasó en veloz carrera por su mente y de todo se despidió antes de abrir sus ojos y encontrarse otra vez con la tétrica figura de Colás, que, con las manos cerradas, tendidas hacia él, repetía solemnemente, dejando vagar en sus labios heladora sonrisa:

—Tío Tanis, ¿cruz en la derecha o en la izquierda?

El pobre viejo, haciendo un supremo esfuerzo por recobrar la varonil entereza que por un momento le había abandonado, señaló resueltamente la mano derecha.

La suerte estaba echada. Colás abrió lentamente la mano señalada. La palma tenía el tizne de dos líneas cruzadas.

—¡Que la Virgen del Pilar recoja tu alma, hijo mío!

—¡Y a usted le permita presentiar la salvación de Zaragoza!

Y los dos héroes permanecieron largo rato confundidos en estrecho abrazo.

Los dos sollozaban.

El farolillo, único testigo de aquella trágica escena que se desarrollaba en las entrañas de Zaragoza, se encargó de terminarla, apurando el oxígeno del aire y lanzando tristemente sus postreros resplandores.

A la luz agónica de ellos se colocaron las bombas en el hornillo, se hizo como se pudo el atraque de la mina con escombros de tierra

fuertemente apisonados, dejando solo el pequeño agujero para el tizón, que Colás tuvo cuidado de encender en el farol del tío Tanis antes de despedirse de éste para siempre.

III

Cuando Colás, por el tiempo transcurrido, comprendió que ya el viejo debía hallarse en salvo, esperó tranquilamente. Pronto un sordo rumor le indicó que el enemigo estaba con sus trabajos encima del hornillo. Entonces cumplió con su deber.

Al día siguiente los zapadores franceses quedaron sorprendidos al encontrar entre los cadáveres de sus compañeros muertos por la explosión de la contramina el de un zaragozano que tenía dos cruces iguales pintadas en las palmas de las manos.

Era el cadáver de Colás.

G. R. G.



Un confesor de reyes

LA gran Reina, Isabel la Católica, se hallaba sin confesor. Había sido hasta entonces el santo fr. Hernando de Talavera, monje jerónimo; mas nombrado por la misma Reina primer Arzobispo de Granada, imposible le era ya seguirla en sus correrías, abandonando aquella diócesis nueva, aun no del todo constituida, y frescas en ella las bochornosas huellas del islamismo y de los numerosos judaizantes.

Un solo rasgo nos pintará muy al vivo a la reina como penitente y como confesor a Talavera. Era costumbre inmemorial de los Reyes de Castilla, confesarse arrodillados en un ancho reclinatorio: arrodillábase también el confesor a su lado y de esta forma confesaban sus pecados y recibían la absolución. La primera vez que fue fr. Hernando a confesar a la Reina, creyéndolo distracción o ignorancia del ceremonial, le dijo:

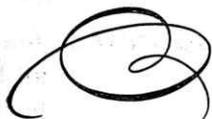
—Vos, Padre, aquí a mi lado: entrambos hemos de estar de rodillas. Respondió el nuevo confesor:

—No, señora, sino yo he de estar sentado y V. A. de rodillas, porque este es el tribunal de Dios y V. A. es aquí la pecadora que confiesa sus culpas, e yo el representante de Dios, que va a juzgarlas y perdonarlas.

La Reina obedeció humildemente y dijo después a la Marquesa de Moya:

—Este es el confesor que yo buscaba.

Y Clarín ¿qué dice a esto?



Antes de empezar tengo que hacer hoy una pequeña rectificación. En el mes pasado, ni mi consultante, ni yo, caíamos en la cuenta de que hace mucho tiempo que faltamos a la escuela y de que en ese intervalo han cambiado algunas cosas que nosotros aprendimos de memoria. Y así, desde hace dos o tres años, en el catecismo oficial de nuestra Diócesis y en el de alguna otra española, en el quinto mandamiento de la Iglesia ya no se dice como antiguamente: «Pagar diezmos y primicias, etc.», sino sencillamente: «Ayudar a la Iglesia en sus necesidades», que es lo que todos sabíamos que había que entender debajo de aquellos diezmos y primicias.

Así que Srta. Timida, ya está hecha la enmienda por la que usted abogaba.

Y ahora voy a abrir de nuevo mi consultorio con una carta que no es propiamente consulta pero que por ser deliciosa, traslado literalmente, sin quitar punto, ni coma, para que así la gustéis en su propia salsa. Dice así:

J. M. J.—*El otro día le oí a un Molinero (con mayúscula) que estaba bastante enfriado con la revista estibaliz (con minúscula), porque el año pasado ponía que todos los Molineros (otra vez con mayúscula) iban al infierno porque robaban y él que no ha robado nunca y también lo sé yo porque lo conozco toda la vida. Y aunque ponía en refrán eso no es verdad y si lo pueden dar vuelta sería mejor.*

Yo no puedo darle la vuelta ya; «nescit vox missa reverti», dice el poeta: «palabra salida no tiene vuelta»... Yo lo único que puedo hacer aquí es decir que lo recoja quien lo tiró, pero a buen seguro que nadie me va a hacer caso, porque se trata de un refrán y los

refranes no reconocen más padre que la experiencia del pueblo. Nadie sabe quien los ha hecho, pero son el reflejo de lo que todos piensan y.... ¡cuando el río suena....!

Pero, no se enfade Vd. por tan poca cosa porque, cuando todo el mundo critica, es que se trata de un artículo de primera necesidad... Y así, aunque todo el mundo diga que el molinero roba, y que el médico mata y que el cura no hace más que estorbar, mientras el mundo sea mundo, los hombres acudirán al molinero y al médico y al cura a dejarse robar y matar y que les molesten....!

Aldeana.—*Voy a contarle mi caso que no es precisamente un problema sino una situación mía con la que no estoy conforme y quisiera que cambiara o que cambiara yo mi modo de ver las cosas. Vivo en un pueblo de la provincia. Aquí la vida es quieta, sin preocupaciones, pero también sin ilusiones, sin paseos, ni cambios, que hagan la vida un más alegre. He tenido cierta instrucción y ahora me encuentro aquí cansada y aburrida. Quisiera poder vivir en la capital trabajar y poder llenar todos los vacíos de mi alma y también (¿por qué no decirlo?) quisiera casarme. Todo esto lo veo muy difícil, de seguir aquí en el pueblo, pero aquí viven mis padres, aquí han vivido siempre y aquí seguirán viviendo, si Dios no les cambia, hasta que mueran. No me queda más camino que el de resignarme. ¿Qué me dice Vd. a ello?*

Pues creo que no tiene razón para estar tan descontenta. Todas las situaciones en esta vida tienen sus ventajas y sus inconvenientes, en todas hay algo que sufrir y algo que desear, así como algo o mucho que disfrutar

y de lo cual darle muchas gracias a Dios. Como diría Pemán, el camino de la vida está sembrado de rosas y de espinas y el secreto está en «saber coger las rosas, sin clavarse las espinas».

La vida en la capital tiene en algunos aspectos mayores oportunidades, pero también mayores problemas. Hay que trabajar mucho y, generalmente, no por gusto, sino por necesidad, pues la situación económica es mucho más difícil. Los alimentos, vestidos, y, sobre todo, las viviendas cuestan mucho más, y son, por lo general, bastante más reducidas e incómodas.

Por otra parte, también en la capital hay muchas chicas que se quedan solteras, y lo que es peor desilusionadas y abatidas para toda la vida. De modo que, si pudiera ir a la capital y Dios la quisiera para soltera, le sucedería lo mismo que le sucede en el pueblo. En cambio, si Dios la quiere para casada, también ahí tendrá oportunidad y seguramente con más garantía de felicidad, ya que es una bendición del cielo el tener estabilidad económica, el contar con una casa amplia y el estar rodeada de bellezas naturales, de las que tanto abundan en nuestros pueblos.... ¡Si viera usted las viviendas oscuras e insalubres en que tienen que vivir a veces en las ciudades! ¡Con qué gusto disfrutaría de lo que tiene ahora....!

Trabaje, cosa, lea, trate por todos los medios de hacer amable el hogar de sus padres y de esta manera prepárese para cuando Dios le conceda la dicha de formar el suyo propio. Esto le proporcionará alegría y satisfacciones sanas, que llenarán por completo los vacíos de su corazón. Y no olvide nunca que «boda y mortaja del cielo baja».

Lazy.—*No hace muchos días oí una conversación sobre una tal Teresa Neumann y decían cosas maravillosas de ella incluso que desde el año 1937 no se alimenta más que de la Eucaristía. ¿Se puede hacer caso de esto? Hasta ahora no había oído hablar de este caso. ¿Qué hay en concreto?*

El mes anterior dejé, a propósito, de testarle a esta pregunta para tomarme el tiempo necesario para reunir algunos datos concretos, pues, aunque hace años había leído una biografía de Teresa Neumann, ya no recordaba muchos detalles. Voy a darle aho-

No digas

NO DIGAS: ¡Qué ojos
la Virgen
los tiene as
maternal e

NO DIGAS: ¡Qué mal
en Estibali
porque no
lo pasaste j

NO DIGAS: ¡Lo mismo
mi casa qu
porque no
por teléfono

NO DIGAS: ¡En Estibal
porque a lo
tú.

NO DIGAS: ¡Cuando E
porque par
mar el hom

NO DIGAS: ¡Estibaliz r
porque, ap
cedora una
do los ojos

NO DIGAS: ¡No subo a
hay que su
porque, si
y has de sa
domingos a
rano que ex
Urizar, etc

NO DIGAS: ¡En Estibal
porque es
mente feo i
que no falt

NO DIGAS: ¡Qué sosa
porque te a
nos han dic

NO DIGAS, ¡NO LO
sario para
porque, si
quince mir
perar que e



●●●
ltones y exagerados tiene baliz....!

que se meta más su mirada
timos pliegues de tu alma.

o guardo del día que pasé

er tú buen hijo, si tan mal
la madre.

**de rezar a la Virgen desde
e su Santuario....!**

mismo hablar con tu madre
ara a cara.

ay nada que hacer....!

el único que no hace eres

sea algo....!

ea «algo», tienen que arri-
«algunos», sino «todos».

uede comparar con....!

que siempre resulta esco-
ración, quizá te estés lavan-
lvo.

**iz porque está muy lejos,
ace frío....!**

a poco entrarás en calor,
hay quien viene todos los
de Vitoria lo mismo en ve-
o ¿verdad Joselu, Castillo,

asó esto o aquello....!

damente fácil y tremenda-
ndo el rincón de la basura
gún jardín.

vista «Estibaliz»!

que son cantidad los que
les gusta.

**MI EN BROMA!): ¡El Ro-
y chiquitos....!**

este obsequio tan fácil —
tu Madre, no puedes es-
orgue sus bendiciones.

J. María de S.

ra los que he podido recoger y si desea más puede adquirirlos en la reciente obra «Teresa Neumann» de su capellán Fashel, que acaba de publicar la Editorial Dinor, de San Sebastián.

Teresa Neumann nació en Konnersreuth, pequeña aldea de Babiera, el 9 de Abril de 1898. Su padre es sastre y ella la hermana mayor de los diez vástagos de la familia. A los dieciseis años entró a servir en casa de un granjero.

Su vida maravillosa empezó propiamente el año 1906 con su primer éxtasis, en que fué testigo de la agonía de Cristo en la Cruz. A partir de esta fecha todos los viernes se renuevan estas extraordinarias visiones y desde el Viernes Santo de este mismo año las visiones van acompañadas de la apertura de las llagas del Salvador en manos, pies y costado excepto el tiempo de Navidad y de Pascua en que está libre de estos fenómenos. Durante ellos se la ve padecer los distintos suplicios de la Pasión y pierde abundante sangre y peso, que luego recupera rápidamente durante la semana, en la que hace vida ordinaria. Ha recibido sorprendentes revelaciones sobre el porvenir, secretos íntimos y cosas ocultas. Asiste a distintas escenas de la vida de Nuestro Señor en las que oye las palabras de cada uno de los personajes e incluso habla ella misma el arameo, lengua que, por lo demás, desconoce absolutamente.

Pero tal vez, el hecho que más está llamando la atención del mundo en el caso Neumann, es que desde 1927 no ha tomado ni una gota de agua y su único alimento consiste en la Sagrada Comunión, que recibe todos los días

Sabido es que existen en patología casos misteriosos y, con todo, naturales (hipnotismo, histerismo, alucinación, obsesión, etc.), cuyas causas secretas los médicos no han podido aún averiguar, pero cuyos efectos y posibilidades son bien conocidos de ellos. Son muchos los que han visitado a Teresa en su casa de Konnersreuth y la mayor parte han tenido que reconocer que no tienen explicación humana para tales hechos. Notable es el caso del célebre médico franciscano, Rector de la Universidad de Milán, el P. Gemeli, que habiéndose ofrecido al Papa para curar a la *enferma*, tuvo que reconocer que su ciencia no alcanzaba ni a curar ni a explicar tan extraordinarios fenómenos. Entre los Obispos hay



quienes se inclinan por la sobrenaturalidad de los hechos; otros se muestran indecisos. La prensa está igualmente dividida. La Iglesia, por su parte, no ha decidido nada y es muy probable que no lo llegue a hacer en vida de la vidente. Mientras tanto, ésta, indiferente a los comentarios, lleva una vida retirada y humilde; a nadie se le permite visitarla sin una especial autorización. Durante la dominación nazi tuvo bastante que sufrir, pero ella se ha mantenido siempre alejada de toda política humana.

Lepe.—*No comprendo por qué se arrodillan y se levantan y se sientan en la Misa tantas veces y por qué tantas cruces y genuflexiones y procesiones y ceremonias. ¿No le parece a V. que a Dios le tienen que agradar más las oraciones que se hacen con toda sinceridad y con todo el corazón en un rincón de casa, que las que se hacen con tanto aparato?*

Puesto que pide mi opinión, he aquí mi credo en esta materia: Entre una oración que se hace con todo el cuerpo y una que se hace con toda el alma, creo que Dios prefiere la que se hace con toda el alma. Entre una que se hace en público y en compañía de otros y otra que se hace en secreto y en un rincón de casa, creo que Dios prefiere la que se hace en público y brota del corazón de muchos. Entre una oración privada y otra que se hace en nombre de la Iglesia, creo que Dios prefiere la oficial de la Iglesia. De tal manera que, en igualdad de circunstancias, la plegaria más agradable a Dios es la que el hombre hace en nombre de la Iglesia, como miembro de la sociedad humana, con todo el cuerpo y con toda el alma. Esta es la oración completa y la que debemos a Dios, porque a Dios se lo debemos todo.

Prescindir de las ceremonias externas en

nuestro trato con Dios, sería lo mismo que prescindir de las reglas de educación en el trato con nuestros amigos. Es interesante a este propósito lo que le ocurrió al célebre escritor Brucker con cierta señora librepensadora. Pensaba esta, como usted, que para tratar con Dios podíamos muy bien prescindir de las complicadas ceremonias del culto religioso. El escritor, por toda respuesta, no hizo más que levantarse y ponerle familiarmente la mano en la espalda mientras le decía:

— ¡Oh! ¡Qué estúpida eres!

Indignada la señora, se levantó a su vez y exclamó:

— ¡Insolente! ¿Por quien me tomáis?

— Señora replicó Brucker, volviendo a tomar su aire habitual de hombre bien educado, perdonadme, pero oyéndoos hace un momento despreciar el culto religioso, que no es otra cosa que un acto de acatamiento y de política hacia Dios, creí que igualmente despreciábais las fórmulas de política mundana, que no es otra cosa que el culto exterior que se hace a la criatura, según la medida que conviene.

Un mozo.—*¿Podría decirme Clarín por qué los viejos se vuelven niños?*

Pues ¿y quién sabe, muchacho? Tal vez sea porque están preparándose para ir al cielo y para eso dice Jesucristo que hay que hacerse como niños. No puedo decirte por qué, pero sí puedo decirte que Goethe pensaba de una manera un poco distinta que tú. El decía:

Leí en libros añejos,
que niños otra vez se hacen los viejos:
mas yo diré, si a la verdad me ciño,
que al hombre la vejez sorprende aún niño.

Andate, pues, con cuidado, porque a lo mejor con toda tu hombría estás todavía en mantillas.

Clarín

La oración del enemigo

El milagro de Priseux Ferme

EN la plaza del mercado de una aldea ribereña del Rhin se aglomeraban 10.000 hombres jóvenes. El apagado murmullo de sus voces era como el rumor del mar. Sus siluetas eran como sombras vagas. Yo, un alemán, estaba apartado en esa tarde de 1.º de Mayo de 1925. Estaba contemplando los magníficos fuegos artificiales que lanzados al aire semejaban inmensos ramos de flores de luz. En la torre del campanario de Santa Ana apareció la figura de la Santísima Virgen, circundada por una incontable cantidad de luminarias. Era la inauguración del mes de María en la aldea.

Al regresar a casa, alguien me retuvo por el hombro. Era un oficial francés. Instintivamente quise huir, pero ví en la mirada de ese hombre algo extraño y aguardé lo que tenía que decirme.

—¡Perdón! —me dijo con cierta vacilación y como pasmado de asombro—. ¿Pertenece usted a la infantería alemana en la guerra pasada?

Me dió risa la pregunta, pero contesté que sí.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Fue usted?... No sé cómo preguntarle... ¿Adornó usted con flores silvestres la Virgen de Priseux Ferme? ¿En 1918, en el mes de María, tal como hoy?

Mientras hablaba me sacudía por los hombros como para convencerse de que yo era un ser real.

Comencé a recordar. ¡Priseux Ferme! ¡La fuente! Había dos fuentes, una a la izquierda, al lado de la cerca, justo enfrente de las líneas enemigas y otra a la derecha en una quebrada. O me habían dado órdenes erradas o yo me había equivocado. De todos los modos yo había ido a la fuente de la izquierda.

La verja había sido derribada por las balas. Llegué pisando latas y pedazos de botellas. Al acercar-



me a los edificios me extrañó que no hubiera nadie más. Ordinariamente los aguadores llenaban el lugar. El gris blanquecino de las pizarras y los cadáveres tendidos aquí y allá daban a todo un aspecto embrujado, a pesar de ser mediodía. Tuve que vencer el miedo antes de llegar a la fuente, a unos 50 metros a mi izquierda. Pensé que nuestras patrullas de reconocimiento andarían por ahí en el campo cercano.

Unos cuantos tilos y algunos arbustos rodeaban la fuente y me daban seguridad de estar a salvo de la observación de los franceses. Cuatro pilares sostenían un techo de teja de madera. Tres peldaños conducían al pozo. En un extremo los pilares estaban empotrados en una muralla en la cual quedaban restos de una vieja pintura religiosa. Afuera una especie de piscina recibía el agua que caía del canto del pozo. A un lado había una estatua de la Santísima Virgen destañada por la intemperie.

Llené de agua mis vasijas y bebí un poco. Hacía tanto calor que me desnudé y me dí un baño en la piscina. Retocé en el agua como un chiquillo y casi me olvidé de la guerra.

Reinaba un gran silencio. Desde un cielo muy azul brillaba el sol sobre un pedazo de tierra en el que el follaje y las flores resplandecían. Después de haberme vestido de nuevo mi uniforme, corté unas cuantas ramas y unas flores y adorné con ellas la estatua de la Virgen. Me acordé de que estábamos en el mes consagrado a Ella. Todos los años iba a la Iglesia para su culto. Pero, ¡este año!... Me arrodillé para rezar...

Recogí mis cántaros de agua y me fui. Pensé que era bueno rezar

y me propuse hacerlo con más frecuencia. Lentamente caminaba hacia uno de los edificios de la finca. De pronto me sobrecogió el pánico. Incapaz de detenerme, comencé a correr. Por fin llegué a mi trinchera...

Entonces vine a darme cuenta del motivo de mi miedo. Varios obuses alemanes pesados pasaron por encima de mi cabeza y reventaron cerca de los edificios del cercado. Tembló el suelo y muy cerca de mí saltaron trozos de piedra. Otro proyectil estalló más cerca. Sudando y temblando me reuní con mis compañeros. Me dijeron que había ido a la otra fuente. De todos modos me decían que había andado afortunado, porque los franceses habían deshecho la fuente de la derecha con su artillería matando a muchos soldados que habían ido por agua.

El recuerdo de esta experiencia se avivó en mi mente cuando el oficial me interrogaba. Pero ¿cómo pudo él adivinar todo esto?

—¡Es claro! ¡es usted! ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza lleno de rara emoción.

—¿Le extraña que lo conozca? ¡Es un milagro! ¡es una providencia de Dios!

Yo estaba mudo. Me pidió que le acompañara a su casa. Allí nos sentamos a una mesa el uno frente del otro. Temblaba el cigarrillo entre sus dedos. Se rió nerviosamente, luego se puso serio y su voz casi se ahogaba. Poco a poco me contó toda mi propia historia:

—En los mismos arbustos de los que usted cortó ramas, estábamos ocultos dos sargentos y quince soldados: El centinela lo vió venir y estuvo a punto de dispararle. Pero le detuve y ordené que se quedaran quietos pensando que no venía solo. Nos emboscamos entre los arbustos espíandole y decididos a no dejarle volver con vida.

Era curioso estar contemplando desnudo a un enemigo que se daba tranquilamente un baño de refresco a la boca de 17 fusiles. Uno apuntaba todo el tiempo su ametralladora siguiendo sus movimientos. Era un joven recluta para quien habría significado una hazaña el haberle hecho pedazos. Pero también había entre nosotros quienes temblaban por su vida.

Ahora se vestía. Se preparaba para partir. Podríamos darle el alto, pero trataría de escapársenos. Unos cuantos tiros romperían el silencio.

Miré a mis hombres. Todos estaban inmóviles de tensión. Me ví saliendo a tomarle de un brazo y salvarle la vida. No sé por qué, mi corazón saltaba dentro del pecho, como si nunca hubiera conocido los horrores de la guerra.

Ahora usted cortaba ramas y flores por encima de nuestras cabezas. Podríamos haberlo arrastrado adentro del bosqueje. Esperamos. Usted se dirigió con el ramo de flores en la mano hacia la estatua de la Virgen; colocó el ramo en sus brazos y se arrodilló a sus pies. El hombre de la ametralladora la dejó a un lado. Se agrandaron de sorpresa nuestras pupilas al ver a un "Boche" rezando tranquilamente a la Virgen.

Cuando volvimos de nuestro éxtasis, usted ya había llegado a la protección de las murallas. El de la ametralladora preparó el arma. Otro soldado me miró interrogante. Los detuve.

No bien había usted desaparecido cuando corríamos hacia donde estaba la estatua que no habíamos visto antes. Tomé sus flores... y aquí tiene esta flor seca en mi cartera: tómela. Siempre la he conservado, porque no solo su vida se salvó por milagro, sino también la mía.

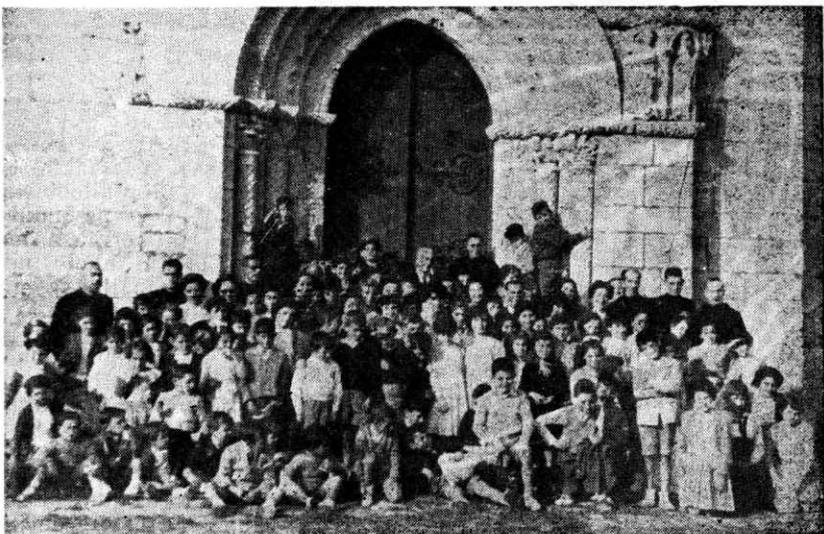
Probablemente se acordará. Apenas se había alejado, cuando cuatro proyectiles pesados cayeron sobre los arbustos que nos habían ocultado hacía unos segundos. Nos habrían alcanzado de no haber salido a mirar sus flores y la Virgen. Por eso nos salvamos; sólo se perdió nuestro equipo.

No puede imaginarse lo que hemos hablado de usted durante mucho tiempo. Se convirtió en nuestro héroe sin saberlo. No me acordaba bien de su cara, pero hoy le recordé. ¿Suerte o providencia de Dios? Hay cosas cuyo misterio no podemos escudriñar.

No hace falta añadir nada. Los enemigos nos despedimos amigos. Al día siguiente nos juntamos de nuevo para ir a visitar a la Virgen que nos había protegido y unido.

G. BREUER.

(De "Der Kalender Maria von Guten Rat").



Niños del Arciprestazgo de Alegría, con sus Señores Párrocos y Maestros.

DOMINGO DEL ROSARIO.—Edificante en alto grado fué el ejemplo que en este Domingo clásico del Rosario dieron nuestros pueblos del contorno, subiendo desde las primeras horas de la mañana en nutridos grupos a confesar y comulgar. Pocas veces se ha visto a esas horas en nuestra iglesia tanta afluencia de gente. La devoción al santísimo Rosario sigue siendo para nuestro pueblo alavés lo que fué para nuestros antepasados, símbolo de religiosidad y lazo de unión entre los hijos y la Madre.

LOS NIÑOS DEL ARCIPRESTAZGO DE ALEGRIA.—El grato recuerdo de su visita del año pasado, quedó tan hondamente grabado en el corazón de los niños, maestros y sacerdotes, que este año han querido volver a revivirlo. Subieron cantando, y cantando y jugando hicieron la consagración y ofrecimiento del nuevo curso escolar a María Sma. porque así, cantando y jugando graban siempre los niños en su alma todos esos recuerdos imborrables que más tarde les sirven de jalones orientadores en su vida.

El día nueve, los niños de los doce pueblos que componen el arciprestazgo de Alegría, conducidos por sus Párrocos y Maestros, subieron a Estibaliz para poner bajo los auspicios de María Sma. el nuevo curso escolar-catequístico. A las 11 tuvieron en la Basílica una

Misa en la que un Padre les dirigió unas palabras de circunstancias a los niños, cantando ellos mismos con entusiasmo diversos motetes populares. A las 12 bajo la presidencia del M. R. P. Prior, del Arcipreste de Alegría, de los señores Párrocos y de los señores Maestros y Maestras se celebró, por decirlo así, la solemne apertura de curso.

El P. Emeterio Sz. de Búruaga en su discurso tuvo una idea feliz: Allí están ellos, pobres niños, como Jesús en el Templo de Jerusalén perdido entre los doctores. Pero ellos no estaban perdidos; ellos sabían a dónde habían acudido, y habían sabido escoger bien, el regazo de su Madre del Cielo y los brazos de sus Maestros y Sacerdotes. Por la tarde bajarían a sus pueblecitos como Jesús a Nazareth, y allí tendrían ellos como su divino Modelo, que crecer en edad, en ciencia y en gracia ante Dios y los hombres. Ante los hombres estudiando con interés y constancia todas las disciplinas humanas, y ante Dios aplicándose con mayor entusiasmo al estudio del Catecismo y aumentando los tesoros de su piedad.

Habló luego el señor Arcipreste don Ciriaco Sz. de Armentia para recordarles brevemente el objeto del Catecismo y especificar el programa del Curso inmediato; y finalmente clausuró la sesión el M. R. P. Prior don Santiago Ala-



L. Sra. María del Pilar Balanzateguí Gil y D. José Luis Manuel Moreno y Fernández, al salir de la Basílica después de su matrimonial enlace.

meda con unas palabras en las que bendijo la feliz iniciativa de querer poner todos estos santos ideales de instrucción y piedad bajo el manto de María.

Después de un fraternal e íntimo ágape entre los señores Párroco, Maestros y la Comunidad, a eso de las tres tuvo lugar un solemne Rosario cantado por los niños y una procesión por la campa en la que nuestros niños escolanes, revestidos con albas, alternaron con los hasta ayer compañeros suyos de calle, como un símbolo de lo que puede la instrucción y el Catecismo. Una tierna consagración a María, puso fin a los actos de esta hermosa jornada que quisiéramos ver introducida en todos los arciprestazgos alaveses:

RETIRO SACERDOTAL.—Los señores Párrocos del Arciprestazgo de Alegría reanudaron el día 17 su tradicional costumbre de hacer su retiro mensual en este Santuario, a los pies de la Sma. Virgen.

COLEGIO DE SAN JOSÉ DE VICTORIA.—Ya hacía tiempo que su digno y dinámico Director el Reverendo P. Jaime Ibáñez venía madurando la hermosa idea de orientar su Colegio hacia nuestro Santuario de Estibaliz trayendo a sus alumnos una vez al mes a los pies de la Virgen. No hay para qué decir que la propuesta pareció magnífica así a Catedráticos como a discípulos, quienes en número de más de 200, distribuidos unos en autocar, otros en bicis y no pocos a pie subieron el día 24 en perfecta formación rezando el santísimo Rosario hasta el pie del Santuario, donde fueron recibidos con Cruz alzada por el P. Capellán que entonó las Letanías Lauretanas, cuya plegaria del "Ora pro nobis" resonaba por toda la campa como un conjuro amoroso e insistente.

Una vez a los pies de la Virgen, el P. Ibáñez electrizó a todos con su palabra férvida y empapada en amor mariano. Uno de los Colegiales leyó el acto de consagración a María, concluyéndose la función con el himno a la Virgen de Estibaliz. Después de un rato de expansión por la campa, emprendieron su viaje de regreso con ánimo de repetir la visita el próximo mes.

EL RVDMO. P. ABAD DE SANTO DOMINGO DE SILOS.—Nos ha honrado con su presencia durante una semana nuestro Rvdo. Padre Abad Dom Isaac M.^a Toribios, quedando altamente complacido de ver la buena marcha de esta Casa que con tanto interés y cariño ha mirado siempre.

VISITAS.—En privado, sin aviso y a pie, hemos visto subir durante varios días consecutivos a nuestro amadísimo Prelado y orar devotamente ante el altar de la Virgen.

El día nueve subió nuestro amigo Manuel Lavín con su esposa doña Dolores Hueto acompañados de varios familiares, a conmemorar el séptimo aniversario de su enlace matrimonial celebrado en este Santuario.

Con idéntico fin y como en años anteriores el gran devoto de nuestra Virgencita José Luis Ortiz de Guzmán se llegó el día 22 con su esposa, madre e hijas a oír una Misa encargada. Dió un donativo para la Revista.

FAVORES DE LA VIRGEN

NARVAJA.—El matrimonio Leandro Murguiondo y Cesárea García de Albéniz suben acompañados de sus cuatro hijos: Primitiva, Benigno, María Pilar y Alejandro muy agradecidos a la Santísima Virgen de Estíbaliz por el verdadero prodigio que obró en junio pasado con la primera de sus hijas Primitiva la cual adolecía de una gravísima infección al vientre, siendo el caso desesperado. Sus padres angustiados acudieron confiados en demanda de protección a la Santísima Virgen de Estíbaliz, prometiéndola, si salía con bien, hacerla en su Santuario una visita toda la familia, y ofrecerla una limosna de 25 pesetas, promesa que cumplieron el día primero de octubre.

SAN ROMAN DE SAN MILLAN.—Mercedes y Félix Pagalday con su prima Rosario Pérez realizan el viaje a pie en cumplimiento de una promesa que hicieron al ser atropellados los dos primeros por un camión y haber salido indemnes gracias a la intervención de nuestra Virgencita.

BENDICION DE NIÑOS.—Han recibido las bendiciones acostumbradas los niños siguientes:

Araceli y Alfredo López de la Calle, naturales de Adana, hijos de Cipriano y de Saturnina. Dieron el donativo de diez pesetas.

—Mari Carmen Arnáiz Ruiz, natural de Vitoria, hija de Primitivo y de Visitación.

—José Ignacio, Luis María y Federico María Ullibarri Martínez de Aguirre, naturales de Betoño e hijos de Federico y de María Clementina.

—María Ascensión González, natural de Vitoria e hija de Macario y de Dorotea.

—Luis Angel y Arturo López de Maturana, naturales de Vitoria e hijos de Arturo y de María.

—Martín Luis y María Soledad, naturales de Vitoria e hijos de José Pérez de Arenaza y María Ramos Cuesta.

—Francisco Javier González Pérez Carrasco, natural de Vitoria e hijo de Angel y Francisca.

—Francisco Javier Alvarez de Arcaya, natural de Vitoria, e hijo de Aurelio y de Benita.

—María Irascusa y José Angel Orbeso García de Andoain, naturales de Tolosa de Guipúzcoa.

—Rosa María Beltrán, natural de Lubiano.

—María Nieves Ruiz, natural de Alegria.

—María Luisa, natural de Alegria.

—María de los Angeles Armentia López de Suso y su hermano Francisco Javier, naturales de Vitoria, hijos de Paulino y de María del Pilar.

—María Begoña Pérez Ruiz, natural de Zurbano e hija de Fausto Pérez de Arenaza y de María Ruiz San Prudencio.

—José Ignacio Landa Mesanza, natural de Ali e hijo de Vicente y de Esperanza.

Ante el altar de Ntra. Señora se unieron en matrimonio el día 15 de Octubre, la señora Ildefonsa Mangas y Rodríguez y D. Pedro Suescun Sánchez.





El día 3 de Noviembre nuestro Rmo. P. Abad, D. Isaac M.^a Toribios Ramos, bendijo la unión matrimonial de la Srta, María Teresa del N. J. Arana y Pérez con D. Lorenzo Martín Alonso.

—Valentín Quintana Lz, de Guereñu y su hermanita María de las Nieves; naturales de Salvatierra, e hijos de Faustino y María Carmen.

—Pedro López de Guereñu Díaz de Aránguiz, natural de Zuazo de San Millán, hijo de Pedro y Telesfora.

NUESTROS DIFUNTOS.— Encomendamos a las oraciones de nuestros lectores a doña Manuela Huidobro, natural de Lezama y muy devota de la Santísima Virgen.

El 20 de Octubre celebramos el primer aniversario de la muerte del insigne amigo y protector de Estí-

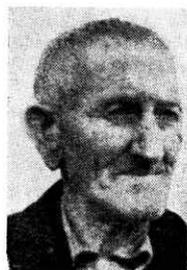
baliz, don Cayetano Ezquerra, el conocido industrial Vitoriano. Por su eterno descanso, se aplicaron en dicho día todas las misas que se celebraron en el Santuario.

D. Calixto Oleaga Anda, entusiasta de Estíbaliz, y padre de la Propagandista de Zurbano, María Angeles, que falleció en Vitoria, el día 5 de Agosto, a la edad de 68 años, a consecuencia de un accidente sufrido en Zurbano.

D. Tomás Zabala, padre de nuestra Propagandista de Bilbao, que falleció en Deusto, el 18 de septiembre, a los 56 años de edad.



D. Eusebio Elorza Elorza, padre de la entusiasta Propagandista de nuestra Revista María Teresa, que falleció en Bujanda el pasado 29 de Julio.



D. Severo López de Guereñu Matuñana, que falleció en Ilárduya, el día 23 de Octubre de 1953, a los 80 años de edad. Muy devoto de nuestra Virgen, por su eterno descanso se han dicho cuatro Misas en nuestro Santuario.



BIBLIOGRAFIA

Gilaber y García, O. F. M. (Fray Serafín).—MISA EN HONOR DEL SERAFICO DOCTOR SAN BUENAVENTURA, a tres voces iguales y órgano o armonio. Valencia 1953.

Empezamos distinguiendo lo canónico de lo artístico. Los Decretos Pontificios han hablado bien claro, o mejor, han prohibido "in genere" las repeticiones del texto litúrgico (Regto. para la música religiosa de la Sda. C. de R. Junio 1894. Primera parte, artículo 10). En esta nueva misa polifónica no las creemos justificadas ni por ser una necesidad de expresión, ni por ser una exigencia de la técnica (aquí comentaríamos y detallaríamos con gusto, pero no es este el lugar), que es por lo único que podrían tolerarse.

En lo artístico o musical, la marcha de las voces sigue los consabidos moldes de la mayoría de las misas de los iniciadores italianos. En este sentido nos parece poco original. En la parte de la armonía hay conatos de modernidad bastante variada, aunque sin pretensiones.

Zolli (Eugenio).—MI ENCUENTRO CON CRISTO. Trad. de José-Manuel González, Pbro. Segunda edición. Editorial Patmos, y Ediciones Rialp, Preciados, 35. Madrid, 1952. 305 págs. 30 pesetas.

Para hablar adecuadamente de este libro habría que ser algo juicioso... Un Diario-autobiografía de una existencia semita torturada espiritualmente, con el lastre de toda la historia de un pueblo y el vacío de una religión sin alma. Pero, por fortuna, el espíritu naufrago encontró la isla del reposo-Cristo. Esto es toda la primera parte. Después, en la segunda, Zolli se convierte repentinamente en doctor del Nuevo Testamento mostrándose exégeta de gran categoría. La exhibición queda ampliamente justificada en esta historia singular, pues todos saben que gran parte de su movimiento espiritual tuvo el ritmo del texto bíblico por él mil veces explicado desde sus distintas cátedras y sinagogas.

Staelhln, S. J. (Carlos-María).—JOSEFINA VILASECA. Estudio de un martirio. Editorial Razón y Fe, S. A. Exclusiva de venta: Ediciones Fax, Zurbano 80. Apartado S.001. Madrid. 1953. 125 págs. 20 pesetas.

El acontecimiento del martirio está relativamente reciente. Por desgracia se ha hablado demasiado y se ha pensado muy poco. Ignoramos si se le ha meditado con fruto, pero sí nos consta que no todos le han valorado como tal, como martirio. El caso es que ha habido bastante "libertad de prensa" en torno al caso de la niña Vilaseca y se han creado situaciones difíciles. Naturalmente se imponía el estudio frío, pero solvente, que aprovechara la proximidad de los hechos. Y ha sido un jeffuista alemán (dato interesante a favor de la imparcialidad nacional) el que ha centrado los hechos en una tesis que contrasta fuertemente con la superficialidad populachera y la autosuficiencia de algunos escépticos.

Eugenio-María del Niño Jesús, O. C. D. (Fray).—QUIERO VER A DIOS (Primer tomo). SOY HIJA DE LA IGLESIA, (segundo tomo). Ediciones "El carmen". P. P. Carmelitas Descalzos. Manuel Iradier, 2. Victoria (Alava). 2 tomos de 423 y 403 págs. Los dos tomos 130 pesetas.

Ya es un consuelo —y no pequeño— el que tras tantos libros que nos machacan lo de aquí abajo, nos manden de una Editorial Carmelitana —ya huele a espíritu— un libro con un título valiente y despegado como éste. Y se comprende :es un comentario de tono común, sin sinuosidades y sin vuelos técnicos —a lo Teresa— sobre el libro de las Moradas de la santa reformadora.

Si añadimos que el ilustre autor se acredita como habilísimo conocedor de alma humana misteriosamente ávida de su Dios, habremos hablado suficiente y favorablemente del libro por mil motivos más interesantes y recomendable.

El segundo volumen (Soy hija de la Iglesia) merece, por su emocionante título, un "a parte". Aquí, en el camino hacia Dios, hay un ariete maravilloso que Teresa descubrió y cuya síntesis y fórmula —la Comunión con la Iglesia— convirtió su espiritualidad en forma transcendente de amplios horizontes. Bien se nos advierte en el prólogo que, tal vez, este título despertará en algunos la idea e ilusión de dar aquí con una doctrina de apostolado. Sin embargo, no hay que olvidar que Santa Teresa se dirige a contemplativos y fué una contemplativa, aunque precisamente por serlo, como pocas almas, nos puede dar lecciones de formación apostólica.

Pemán (José-María).—A LA LUZ DEL MISTERIO. Editorial Escelicer, S. L. Olazaga 6. Apartado 459. Madrid. 1952. 190 págs. 35 pesetas.

El epígrafe ya deja entrever algo, no obstante su paradoja... Y resultan interesantes las ideas, detalles de pensamiento, puntos de vista peculiares —a veces sorprendentes— que tienen su origen en una pluma seglar al contacto con la teología de la sagrada Eucaristía. Además el libro, que fué el pasado año una de las principales aportaciones al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, es hoy un recuerdo conmovedor de aquellos gloriosos días y, sobre todo, seguirá siendo un testimonio notable y fiel del pensamiento cristiano respecto a la paz de los pueblos y con ella a todos esos problemas consecuentes que se ciernen cada día más amenazadores.

Parece ser que el autor ha querido hacer su propio comentario con esta obra, al Himno que brotó de su fecunda pluma, el oficial del Congreso, cuya médula se concentra en los dos heptasílabos de su final: "Cristo en todas las almas —y en el mundo la paz".

González Caminero S. J. (Nemesio).—ARTE DE VIVIR, AMAR Y MORIR. Exclusiva de venta: Difusora del Libro, Bailén, 19. Madrid. 1952. 180 págs. 15 pesetas.

El sentido de esta obrita es nobilísimo: enseñar cómo se puede hacer de la vida una obra de arte, no estética precisamente, sino de valores superiores, de moralidad y espiritualidad. No es cosa nueva en la historia del nivel ético de la humanidad. Recordemos aquellos grandes filósofos de la antigüedad pagana.

Recordemos la doctrina y labor de San Pablo en este sentido, con toda la fuerza de su teología y del ejemplo constante de su bellísima existencia.

El interesante estudio-descripción de la introducción a la vida hace comprender todos y cada uno de los específicos problemas que esa vida en general, y el amor y la muerte en particular, plantean a todo ser humano. Crece el interés en el análisis psicológico de las cuatro actitudes que el autor adjetiva "existenciales", y que subsumen todas las soluciones del hombre frente a los problemas más hondos de la vida. Como solución —la cristiana, naturalmente— al triple enigma de la vida, del amor y de la muerte, se acude a los modelos vivos de este difícilísimo arte que se sobrepusieron con garbo y dominio a todas las dificultades del espíritu: Jesucristo sobre todo, y después sus santos.